

NO ME GUASTA EL CHISME (Primera parte)

ATOLE DE PINOLE

Doña Anita, la señora que vendía atole de pinole en la colonia donde viví durante mi niñez, había parido tres hijas. Cada una de ellas con diferente hombre y en fechas que solamente ella y las *argüenderas* del vecindario sabían. Vivían a unas dos calles de la casa de mi nana. La muy cínica, -me refiero a doña Anita, no a mi nana- pregonaba que era muy aburrido acostarse siempre con el mismo *monigote*, razón por la cual, ninguna de sus hijas conoció al padre que las engendró. A pesar de lo extrovertida que era doña Anita, nadie en el barrio, le conoció un pretendiente, ya que cuando andaba con las hormonas alteradas, mejor se perdía y regresaba hasta que estaba segura, de haber quedado satisfecha. Araceli, al parecer la mayor, era la más hermosa de las tres. Tenía rasgos orientales y la piel blanca, como la espuma que se forma al reventar las olas del mar con la arena en la playa. Dicen las malas lenguas, que había tenido que ver con un hombre de apellido Tanamachi, -me refiero a doña Anita, porque si me refiriera a Araceli, hubieran cometido incesto-. Pues a ese hombre le limpiaba la casa doña Anita, dos veces a la semana, pero cierto día salió más tarde de lo acostumbrado, sonriente y con la semilla colocada en su fértil matriz. Otra de las hijas, se llamaba Linda y aunque no le hacía honor a su nombre, era la más simpática. La ingrata tenía ojos enormes y redondos como las lechuzas, nariz aguileña y sus hombros casi pegaban a las orejas; para que se la imaginen, no tenía cuello. Nadie, ni siquiera doña Anita, sabía quién fue su padre, porque antes de concebirla, andaba volada detrás de una parvada de gitanos, todos ellos solteros y ganosos, así que la mujer, a quien le aburría acostarse con el mismo hombre, hizo y deshizo con la decena de *calés*. No regresó sino hasta traer a la criatura en sus brazos, ataviada con rebozos estampados y cenefas con monedas de fantasía, pero también muy

cansada y con el cuerpo *desvencijado*. Me imagino, que ya se habrán preguntado, que cuando se iba doña Anita a saciar sus instintos, en dónde dejaba a las criaturas. Pues dejen les cuento: Ya ven que nunca falta un roto, para un descocado, pues doña Anita tenía a su gran amiga y confidente, a quienes todos conocíamos como “*La Chagua*”. Ella se las cuidaba.

La tercera hija, en realidad no sabíamos qué edad tenía, ya que siempre la vistió como niña, su rostro era muy parecido al de la *cabeza tolteca*, esa que aparecía en las monedas de veinte centavos en mil novecientos ochenta y tantos. Decían los amantes del chisme, que la susodicha tenía casi cincuenta años y aunque en la actualidad no sé si viva, siempre la mirábamos igual. La peinaban como si fuera muñeca de porcelana y le ponían unos moños pegados con goma, pues su cabello siempre lucía corto; usaba zapatos de bebé y sus calcetas color pastel, a tono con su vestido que se elaboraba con medio metro de tela. Casi no hablaba, pero cuando se enojaba, salían sapos y culebras y cuanta grosería existía en su voluminosa cabeza. Quiero que se enteren de una vez por todas que, a mí, no me gusta el chisme, pero tengo que decirles que nunca en mi larga vida, le miré dibujada una sonrisa en su cara, a pesar de ser la consentida de todas.

_

La casa donde vivían parecía como sacada de un cuento de hadas, pero un cuento de hadas a la mexicana, sin príncipes ni manzanas, sino con huaraches en lugar de zapatillas de cristal. Tenían cada una su cuarto, -me refiero a las hijas de doña Anita, no a las hadas-, y dos de ellos -los cuartos-, siempre con la puerta de par en par; al tercero, nadie, excepto doña Anita, podía entrar, así que ni siquiera sus hermanas sabían qué había en aquella habitación que le pertenecía a Male. Las tres recámaras, tenían al frente el tejaban con macetas colgantes de helechos y casi toda la parte posterior estaba cubierta por enredaderas de teléfono, esas plantas que crecen de la nada y se van entrometiendo

en cada rincón que encuentran a su paso. Los techos de teja con doble caída le daban un toque campirano a la vivienda. Al estar muy cerca del río Humaya, la vegetación era abundante y el jardín con un espesor inaudito, se distinguía del resto, porque doña Anita, había nacido con el don de la primavera. Era una casa de ensueño, a pesar de ser humilde, y la señora permitía la entrada de todos los amigos de Araceli y Linda, con la condición de no fisgonear cerca del cuarto de Male, la pequeña mujercita que siempre andaba rondando a sus hermanas, vigilándolas, pues presentía que cometerían pecado, ya que la chamacada entraba y salía de sus cuartos sin restricción alguna.

Male tenía una mirada penetrante y, a pesar de su apariencia infantil, era la más perspicaz de todas. Nadie lograba engañarla; era experta en descubrir secretos y solía escuchar detrás de las puertas, recopilando historias y confidencias que luego guardaba celosamente. Algunos, incluso yo, decíamos que parecía la mascota de la casa, ya que las hermanas la movían de un lado para otro como si fuera una artesanía viviente. Lugar donde la ponían, ahí se quedaba, quieta, observando el entorno con esos ojos sin brillo. Tal y como luce el monumento de piedra. Solamente cuando se estaba orinando, le echaba un grito a la que se encontrara enfrente, para que la bajara, mientras que, a paso lento, entraba a su cuarto, no sin antes mirar a su alrededor para cerciorarse que nadie la estaba fisgoneando. En el cuarto, tenía una bacinica, ya que, por su estatura, era imposible que se pudiera sentar sobre el escusado de la letrina, que solamente estaba cubierto por una sábana descolorida. Se preguntarán que por qué supe lo de la bacinica, si nadie podía entrar a ese cuarto. Pues les diré que todo tiene una explicación, así que más adelante, sabrán que además de la bacinica, había otras cosas mucho más interesantes en el cuarto misterioso de Male.

-

Durante la niñez de sus tres hijas, —bueno— de las dos hijas, porque Male al parecer se había quedado estancada en esa etapa de la vida, doña Anita se las averiguó para educarlas y alimentarlas, por eso se la pasaba durmiendo durante el día y cuando ya eran unas jovencitas, le había llegado la menopausia y se le agotaron los ánimos de desvelarse, así que sacó una receta que le habían heredado sus tías, para ver si le funcionaría, como a ellas les había funcionado. Sus únicas parientes eran esas dos tacañas quedadonas, que tenían tanto dinero acumulado, que cuando lo quisieron usar, ya habían salido de circulación los billetes. De tanto pensar y maldecirse por ser tan avaras, eligieron el camino corto para ponerle punto final a su existencia: Una noche, dejaron los cuatro quemadores de la estufa abiertos y amanecieron tiesas. Murieron por *hipoxia*, un fallo respiratorio por el desplazamiento del oxígeno por el gas butano en sus cerebros. Aun así, ya muertas, habían hecho de las suyas, porque antes de acostarse, juntitas como buenas hermanas, habían dejado un *testamento olográfico*, teniendo como única heredera a su adorada sobrina Ana. De todo eso me enteré, porque las noticias en los periódicos no hablaban de otra cosa, así que, si pensaron que porqué sabía todo eso, ahí queda respondida la duda que pudiese presentárseles.

La confidente de doña Anita, “*La Chagua*”, a quien no necesitaban ponerle Tehuacán en las fosas nasales, para que contara todo lo que le platicaban en secreto, aderezado con su peculiar estilo -decía que su pecho no era bodega-, así que muchos de los datos que teníamos de esa singular familia, se lo debíamos a ella, quien, por cierto, acompañó a su incondicional amiga, cuando recibió la notificación del Registro Público, para que se presentara y entregarle los documentos que la nombraban dueña de la fortuna de las mentadas tías.

La pobre, -me refiero a doña Anita, no a “*La Chagua*”-, ya había hecho planes: Iba a salirse de ese *cuchitril*, porque ya estaba harta del lodazal que se hacía cuando llovía

o por la creciente del río; les iba a realizar fiesta de quince años a las tres hijas juntas, porque en el vecindario, a todas las de esa edad, les habían realizado su fiesta, con chambelanes y toda la cosa, y ella, al no tener quien la apoyara, solamente se había remitido a darles un *cortadillo*, para que no pasara desapercibida la fecha; antes de eso, -me refiero a la fiesta, no a la fecha- se iba a realizar arreglos en su cuerpo, porque ya se le estaban colgando las carnes de los antebrazos y su papada parecía la de un guajolote a punto de ser cocinado. Las maldijo -me refiero a las tías, no a las carnes que le colgaban- cuando los del Registro Público le dieron el sobre blanco, que no hallaba como abrir, casi se desmaya, de hecho, -contó “*La Chagua*”-, que ella lo hizo porque la ingrata de doña Anita no podía por la emoción. Se imaginaba el cheque con varios ceros, pero menuda sorpresa se llevó cuando miró que la herencia, era la receta para elaborar atole de pinole.

_

Doña Anita solamente tenía que trabajar tres meses del año. Durante esos noventa días, juntaba todo el dinero que requería para sostener a sus tres hijas, incluyendo vacaciones y regalos de los cumpleaños de cada una. Ya no había necesidad de fiestas puesto que ya andaban de novias, excepto Male, que seguía atrapada en la niña vestida como *muñeca de sololoy*. Pero esto que les estoy contando, sucedió hace muchísimos años, cuando Culiacán parecía rancho, y aunque algunos siguen diciendo que es un *chiquero*, quiero que sepan que mi ciudad ya casi es una metrópolis, en cada esquina hay una plaza comercial y precisamente en una de ellas, la que se encuentra muy cerca del Hospital Civil, es donde doña Anita ponía su mesa con la vaporera humeante, en esos días, que la madre naturaleza se apiadaba de nosotros, y nos mandaba, pequeñas muestras de lo que, supuestamente es el frío.

Aunque todos asocian al frío con el invierno, y al invierno con la navidad; la navidad con Santa Claus y a Santa con los regalos, en Culiacán, al menos en la colonia

donde viví, repito, durante mi infancia, asociamos esas fechas con dos cosas: La primera, con la Feria Ganadera, por ser el único lugar donde podíamos ir a lucir nuestras *garras* para el tiempo de frío. Los hombres con sus chamarras de piel y cintos piteados, tejanas y camisas imitación seda, jalaban la banda, aunque al día siguiente no tuvieran ni para las tortillas, pero tenían que quedar bien con las bellezas de mi tierra, porque eso sí, no lo pueden negar los que dicen que Culiacán es un rancho que, para mujeres hermosas, no hay como las de estos corrales. ¡Qué chulada de hembras, por Dios! Que desde que estaban haciendo la cola para entrar al palenque, eran las que demostraban lo poco que aguantaban los disques machos, porque mientras ellos estaban *emperifollados* hasta el cuello, ellas andaban enseñando media nalga; eso sí, con su minifalda de charol y botas hasta la rodilla, alebrestando al ganado mientras que la banda no paraba de tocar.

Pues esa es una de las cosas, y la segunda, era porque doña Anita ya iba a poner el puesto para la vendimia de su exquisito Atole de Pinole. Venían de todas las direcciones, ricos y pobres, maleantes y bien portados, ateos y creyentes, políticos y gente decente. No exagero, pero hasta de los ranchos más allá de Imala, ese pueblo que se caracteriza por contar con aguas termales bajaba gente en las primeras corridas de tranvías. En cuanto se estacionaban en el mercadito de Tierra Blanca, se *apeaban* y desde ahí, apretaban el paso, para alcanzar a llegar a tiempo y poder degustar el atole, ya sin gorditas, porque eran las primeras que se agotaban. Todos hacían cola, con la boca hecha agua, deseando alcanzar, aunque sea una media tacita de la riquísima bebida caliente.

Araceli, llevaba los registros y siempre todo en orden en cuanto a la administración, mientras que Linda se encargaba de freír las gorditas de harina y queso, doña Anita servía infinidad de vasos desechables de atole y a quienes se quedaban a degustarlo ahí mismo, se les servía en unas tazas de barro, mientras que observaban con curiosidad y asombro, a la muñeca viviente que lucía impecable, con su cabello relamido

y su trajecito color pastel, trepada en una silla alta, de esas donde sientan a los niños menores en los restaurantes.

Todos los noventa días, desde las cuatro de la madrugada ya estaban acomodando el *triquero* que llevaban en un *diablito*: El *anafre* y el carbón, el desechable y la docena de tazas de barro, la mesita de madera y la silla de Male, era lo primero que subían al aparato con dos ruedas. Doña Anita lo llevaba -me refiero al *diablito*, no a otra cosa-, mientras Araceli y Linda iban cargando la pesada vaporera hirviendo, y Male, a paso lento, llegaba media hora después con la masa y el queso para las gorditas. Justo a las cinco de la madrugada, ya comenzaba la *rebatinga*. Para las ocho de la mañana, cuando el sol ya quemaba el *cogote* de Male y la vaporera quedaba vacía, emprendían el regreso, *cuajadas* en billetes, despidiéndose de los que llegaban tarde y no alcanzaban el *potaje*, pero al menos se iban alegres al observar a la niña enana, trepada en el diablito, en el hueco donde ya no estaba el desechable ni el carbón.

-

Mi nana me mandaba por una jarra de atole, así que no perdía la oportunidad para platicar con mis amigas, ya que Araceli era mi compañera de clases y Linda me caía muy bien. Doña Anita se enojaba porque las distraía, contándoles sobre los avances de las novelas que mirábamos en esos momentos. Ellas, durante esos tres meses no miraban televisión porque desde las seis de la tarde, después de cenar, se dormían, ya que tenían que despertarse antes de las cuatro, para alistar todo para la vendimia. El caso es que cuando llegaba a la casa, casi siempre me esperaba mi nana con el cinto en la mano y *atufada*, porque me tardaba muchísimo y mi tata Mencho, no alcanzaba a tomar su porción de atole pues entraba muy temprano a trabajar al Banco Provincial de Sinaloa, donde fue portero hasta que se pensionó.

Cierto día, uno de los doscientos setenta y cinco que no se ponía la vendimia del famoso atole de pinole, -y este mitote no salió del pecho de “La Chagua”-, ya ven que antes les dije, que el suyo no era bodega, pues éste sale del mío, porque me consta. Resulta que estaba realizando un trabajo junto Araceli, ahí en su cuarto cuando de pronto escuchamos que doña Anita, le reclamaba precisamente a “La Chagua”, que por qué les decía a los vecinos que Male, tenía la cabeza de tolteca. Pero eso no fue todo, las cosas no quedaron así, porque la mentada Male, ahí estaba presenciando la discusión. Del coraje que tenía, la vimos pasar *despavorida*, pero parecía un rayo. Para que no me cuestionen les repetiré, que ya les dije que las puertas de los cuartos de las dos hermanas de Male, siempre estaban de par en par, por eso la pudimos ver pasar, y que ella caminaba muy lento, como si en realidad fuera de piedra -como la cabeza tolteca-, pero tal vez el coraje que traía, la hizo caminar tan rápido que entró a su cuarto y se le olvidó cerrar la puerta.

-Ahora es cuando-, pensamos Araceli y yo. Era nuestra oportunidad para ver el misterioso cuarto de la artesanía viviente. Sigilosamente, como caminan los gatos, nos fuimos acercando y casi nos da un infarto cuando descubrimos quien o qué era la pequeña niña a quien vestían con medio metro de tela, pero de esa que no es doble ancho.

Si quieres saber en qué paró el asunto de Male, y la amistad entre doña Anita y “La Chagua”, no te puedes perder la segunda parte de la serie de cuentos: NO ME GUSTA EL CHISME.

